



Instituto Superior
NUEVA PREPARACIÓN FÍSICA
A-1531 INSTITUTO INCORPORADO A LA ENSEÑANZA OFICIAL

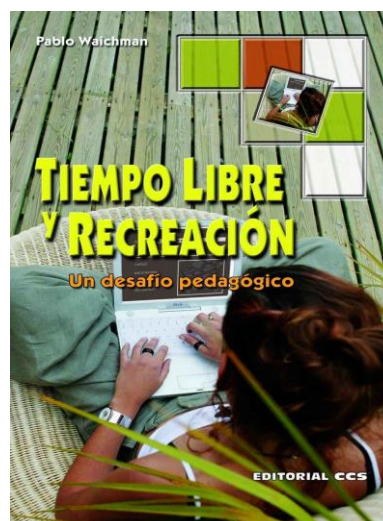


Instituto Superior
NUEVA PREPARACIÓN FÍSICA
A-1531 INSTITUTO INCORPORADO A LA ENSEÑANZA OFICIAL

Tiempo Libre y Recreación

Un desafío pedagógico

Pablo Waichman





LA CIVILIZACIÓN TÉCNICA Y EL OCIO

Capítulo 3

<https://es.scribd.com/doc/289167836/Waichman-TL-y-Recreacion-Un-Desafio-Pedagogico>

La sociedad moderna se caracteriza por participar de un desarrollo tecnológico complejo y acelerado. La civilización técnica se caracteriza por la generación multiplicada de elementos de producción y de bienes de consumo. También provee de un tiempo liberado de tareas obligatorias cada vez más amplio. Aparentemente, este tiempo liberado se presenta como dicotómico respecto del trabajo.

Esta supuesta oposición aparece como consecuencia de la progresiva revolución de la producción y su organización. En principio, la Revolución Industrial iniciada en Inglaterra a finales del siglo XVIII, agiganta la extensión de la jornada laboral y requiere de grandes masas humanas, incluidos niños: no menos de quince horas diarias se ocupaban con la dificultad consiguiente de no permitir siquiera la recuperación fisiológica.

Debemos considerar que en la mayoría de las lenguas hay dos términos diferentes para designar las labores profesionales de los hombres, según se les otorgue dignidad o degradación: *opus* y *labor*, *work* y *arbeit*, *work* y *labour*, obra y trabajo. La obra es el resultado feliz del trabajo, es aquello donde el hombre se ve representado, le pertenece técnica y humanamente; el trabajo, en cambio, es suplicio: su etimología proviene del latín vulgar *tripaliare*, que significa torturar con un *tripalium*, instrumento compuesto por tres barros puntiagudos sobre los que se ataba a aquellos que no accedían voluntariamente al trabajo¹⁸.

Ya desde 1860 en Estados Unidos, y desde 1900 en Europa, se realizan tareas semanales de 60 horas, lo que comienza a marcar el cambio de la jornada «extensiva» por la jornada «intensiva». A partir de 1919 aparece en algunos países el trabajo diario de ocho horas y la semana de cinco días.

En la tercera década del siglo comienza un nuevo fenómeno: las vacaciones pagadas, con una disponibilidad temporal desconocida para muchos millones de trabajadores.

Esta reducción paulatina de los tiempos obligatorios da lugar a la aparición del hombre-después-del trabajo¹⁹. Claro que no en todos los países del orbe ni en todas las labores ya que, por ejemplo, un campesino no podrá fácilmente dejar de hacer labores cotidianas más allá del domingo.

Tampoco es factible comparar tanto el trabajo como el no trabajo entre los países desarrollados y los pertenecientes al eufemísticamente denominado Tercer Mundo (en el



cual nos incluimos). Podemos señalar, por ejemplo, la incidencia de la televisión en poblaciones culturalmente ajenas al consumo de masas y la influencia de las cuasi necesidades generadas en esas poblaciones, las cuales, en muchos casos, no poseen siquiera agua corriente o desagües.

Un rasgo de esta época es la búsqueda de la felicidad, confundida las más de las veces con la «buena vida». Una prueba de ello es la *fun morality* de la cual hablaremos más adelante. Ya el trabajo no es concebido como el sacrificio que nos acerca a Dios; ha perdido ese carácter liberatorio para con lo divino. La vida ya no es un «valle de lágrimas» ni el sufrimiento debe predominar²⁰. Claro que, por otra parte, la moral del placer se transforma en moral del consumo: se apetece lo que se debe desear.

En la etapa premaquinista los días no laborables superaban los 120 anuales, de los cuales la mayoría eran de fiestas religiosas (situación que extraña J. Pieper en su obra *El ocio y la vida intelectual*; Rialp, Madrid, 1965).

Las fiestas religiosas o no (familiares, de la cosecha, de la colectividad, de las lluvias) se realizaban con todos los miembros del grupo y con una fuerte carga emotiva, llena de ritos donde se daba la relajación de prohibiciones sociales (aún perdura con ese carácter, en algunos lugares de nuestro país, el Carnaval). Hoy, sólo quedan de esas fiestas algunas enraizadas con profundos sentimientos religiosos y otras relacionadas más con la «industria del ocio» que con su significado originario. Es que la sociedad industrial no propugna, por su carácter alienante, instituciones de esparcimiento en grupo: el ocio va siendo cada vez más individual y privado.

El trabajo es la necesidad primera. Su disminución horaria genera un vacío: el tiempo liberado. Pero eso no es el tiempo libre, es sólo un espacio temporal disponible, un residuo.

Otro rasgo de vital importancia es que en ese tiempo de no trabajo un lugar importante lo ocupa el tiempo de transporte (semi ocio, según algunos) que degrada la disminución horaria generando tiempo perdido (al trabajo y al ocio). Esto produce que cuando el trabajador llega a su domicilio, en muchos casos, el tiempo disponible sólo alcanza para el descanso de la fatiga (que es un efecto del trabajo).

También en esta tesitura se encuentran los tiempos de trámites sociales, las obligaciones familiares, etc. Este tipo de restricciones al tiempo liberado van en detrimento del tiempo libre, por lo que en realidad podría denominarse tiempo libre *de* (obligaciones) siguiendo la conceptualización de Erich Fromm²¹. Esta temporalidad no será lo mismo que tiempo libre *para* (la libertad)²².



1. LOS «MASS MEDIA»

Una característica más de esta sociedad tecnológica la constituyen los «mass media», los medios de comunicación masivos. Su función parece centralizarse en ratificar la alienación laboral generando la alienación del ocio y no permitiéndoles ser para la gran mayoría, nada más que tiempo consumido frente al televisor, ante una revista de moda o frente a un videojuego.

Para convertir el tiempo liberado de trabajo en tiempo libre se requieren valores e instituciones. Ninguno de estos dos aspectos entra en la concepción de los «mass media»: su valor primario es el lucro y éste se genera con la mayor audiencia o el mayor tiraje. Y es bien sabido que eso se logra mediocrizando la tarea y «generando necesidades» de consumo (cuasi necesidades). El cliente siempre tiene razón por lo que se debe formar para que quiera lo que se le brinda a través de los multimedios.

Así, parecería que muchos valores culturales son impuestos por quienes supuestamente representan a la mayoría; de cualquier modo, en todos los casos se verifica que el desarrollo del ser humano per se, la ampliación de su horizonte cultural, el perfeccionamiento personal, el protagonismo no es un tema del que se hagan cargo los «mass media».

El ya citado G. Friedmann dice:

«La publicidad omnipresente, la información uniformizada, la atracción obsesiva por nuevas formas de confort, de desplazamiento, el impulso inquieto hacia tipos de evasión real o imaginaria, implican sociedades enteras con idénticas utilizaciones del tiempo libre».

Así como pueden ensanchar el tiempo y el espacio, comparar sociedades y culturas, desarrollar hábitos y mostrar modelos de vida diferentes, también pueden manipular y alienar todo su contenido (y sus lectores o espectadores). Esta última posibilidad es aún más notoria en países subdesarrollados, invadidos por lenguajes, formas de vida y costumbres que no sólo no les pertenecen, sino que distorsionan sus propios modelos de vida con valores alienados para su cultura. Pensemos por ejemplo en dónde ha quedado el folclore latinoamericano, o su literatura popular, o las costumbres indígenas, o el jugar a las bolitas o construir un barrilete...

A pesar de lo señalado, el tiempo libre es una posibilidad, un valor que generar y una praxis que ejercer.

«El hombre-después-del-trabajo, tal como es entregado a sí mismo y a su familia, suele



quedar enclaustrado en su alojamiento en las afueras, gran inmueble o casita particular, tanto por su agotamiento como por el alejamiento de las instituciones de esparcimiento, de vida colectiva, política, sindical y cultural»²³.

Y en esta situación, los «mass media» encuentran el terreno fértil.

2. LA EDUCACIÓN

El tiempo libre, como hemos visto, no es un bien dado. Es una construcción tanto individual como social. Reservaremos la denominación de recreación (a diferencia de la que le otorgará más adelante F. Munné) para el proceso educativo tendiente a generar la aparición o el perfeccionamiento de la libertad en el tiempo, esto es, el tiempo libre. Se deberá generar el acceso a las diferentes formas de cultura como de diversión, pero considerando que la finalidad es el hombre mismo y su participación efectiva y afectiva (tal como propende en Francia, desde 1945, el movimiento «Pueblo y Cultura» iniciado por J. Dumazedier).

La educación deberá proveer modificaciones en sus ancestrales conceptos de contenidos exclusivamente relacionados con el mundo del trabajo, y reconocer que el tiempo fuera del trabajo existe y que, además, puede ser por lo menos tan importante como el otro. Los modelos educativos vigentes en nuestros países sólo consideran al hombre como trabajador, pero no como protagonista de su libertad, como inventor y actor de su tiempo libre y, en última instancia, de todo su tiempo. Son escasos aún aquellos sistemas formales que habilitan para el más allá del trabajo.

De cualquier modo, hasta aquí, el tiempo humano sigue escindido en la aparente contradicción tiempo de trabajo y tiempo libre, donde el segundo actúa como recuperador del primero.

Es de tener en cuenta en este tiempo dicotomizado que las tareas que se suelen encarar desde lo educativo tienden a ratificar esa oposición. Así, las típicas acciones con niños como con mayores pasan por divertirse (des aburrirse), entretenerse; en síntesis, en gastar un tiempo regenerando al hombre para otro tiempo: el del trabajo. Más adelante hablaremos de este modo de acción como «contrafuncional»: no tiene identidad propia, sino que depende de su contrapartida ([capítulo 8](#)).

Este tipo de actividad, sin objetivos intencionalmente establecidos, no la concebimos como recreación ni se da en un tiempo libre.



3. OCIOS ACTIVOS Y OCIOS PASIVOS

Muchos de los autores que serán descritos más adelante clasifican los ocios en activos o pasivos, según el modo de participación del sujeto. Hoy, en ese tipo de clasificación, encontraríamos que la mayoría de las actividades son pasivas y no casualmente. Uno de los anexos de esta edición se aboca al análisis de los grados de participación en las actividades de ocio.

A Touraine²⁴ manifiesta:

«En una sociedad de producción y consumo de masas, la actividad y la pasividad parecen depender [...] menos del apego a un grupo social y a actividades culturales particulares que del nivel de participación social [...]. La idea central de un análisis que se haga en términos de participación o retraining cultural es que hoy, mientras que los valores culturales están apegados a los productos elaborados colectivamente, y se encuentran determinados por la naturaleza de una civilización técnica y de los problemas sociales que ella plantea, la pasividad no es más que la transcripción psicológica de la sumisión o de la dependencia económica y social».

Revisemos lo señalado más arriba acerca de los «mass media». Se cercena la participación condicionándola a nuevos valores extraños (pero no desagradables) al sujeto.

Esta pasividad social está relacionada con la «comercialización» del tiempo liberado.

«En términos más generales sería más exacto decir que el consumidor muy frecuentemente no posee más que un debílimo control sobre el productor»²⁵.

Es que, mayoritariamente, el acceso a la cultura se da por el acceso al consumo y, centralmente, por bienes materiales.

Otros, con posturas conservadoras, intentan mantener las viejas pautas culturales superadas por la explosión tecnológica. Con ello se logra únicamente aumentar la distancia entre el hombre y los valores culturales tradicionales y, por ende, se facilita la actitud «pasiva» frente a los ocios de masas.

Entre esta posición conservadora y elitista y la arrolladora invasión de los «mass media» no se requiere una opción. Es necesario negar dialécticamente ambas para crear una cultura de masas diferente y un nuevo modelo de participación centrado en el protagonismo.

Es válido el planteamiento de Dumazedier que considera la existencia del ocio compensador. Pero su valor, en tanto la libertad no exista porque supone una cultura de masa alienada, generada centralmente y no vivencial: la multiplicación de los espectáculos no transforma al



espectador en actor. No produce necesidades autogeneradas (libres) sino que ratifica la «cosificación» con necesidades heterocreadas. Por eso, el propio autor francés hace referencia al «ocio autónomo» como el de mayor valía social.

Nuevamente, la educación puede aportar alguna luz frente a esta situación. Probablemente, deba enfatizar la acción sobre la visión: por más partidos de tenis que vea una persona, no será un tenista ni sabrá jugar.

Algunos interrogantes para reflexionar

¿Cómo generar nuevos valores en el tiempo de no trabajo?

¿Existen instituciones idóneas para realizar tal cambio?

¿Cómo revalorizar las culturas autóctonas y generar valores de la cultura popular?

¿Es factible un cambio de dirección en los medios masivos de comunicación?

La educación, ¿puede —o debe— crear nuevas actitudes ante la pasividad en el tiempo de ocio?



- [18](#) Hicter, M. y otros: *La civilización del ocio*. Madrid, Guadarrama, 1968.
- [19](#) Friedmann, G.: *El hombre y la técnica*. Barcelona, Ariel, 1970.
- [20](#) Hicter, M. y otros, *op. cit.*
- [21](#) Fromm, E.: *El miedo a la libertad*. Buenos Aires, Paidós, 1961.
- [22](#) Un enfoque muy interesante puede encontrarse en Jáuregui, R. y otros: *El tiempo que vivimos y el reparto del trabajo. La gran transformación del trabajo, la jornada laboral y el tiempo libre*. Barcelona, Paidós, 1998.
- [23](#) Friedmann, G., *op. cit.*
- [24](#) Touraine, A.: *La sociedad postindustrial*. Barcelona, Ariel, 1973.
- [25](#) Touraine, A.: *op. cit.*